

EDICIONES
IDEALES



LORETTA YOUNG

VICTOR JORY

EL DIABLO

50 CT\$.

SE DIVIERTE

EDICIONES IDEALES

— DE —

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 16

EL DIABLO SE DIVIERTE

Interesantísimo asunto, interpretado por LORETTA YOUNG y VICTOR JORY, entre otros notables artistas.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

El diablo se divierte

Argumento de la película

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

LOS OLVIDADOS DEL DESIERTO

Un fortín de las tropas coloniales francesas en las avanzadas del desierto del Sahara. El sol, áspero e implacable, calcinaba las arenas como si fuesen de oro bruñido y, despiadadamente, flagelaba la cal y la piedra del pobre fortín perdido, remoto, olvidado en el inmenso mar ardiente y arenoso.

El mando colonial francés, como es sabido, rebasadas ya las líneas de sus posesiones de Argelia, Marruecos y Túnez, adentrándose en el corazón árido del desierto, tiene posiciones establecidas, en forma de fortines, siempre amenazados de los ataques indígenas, cuya guarnición suele hallarse integrada por contingentes de la Legión Extranjera, al mando de oficiales que, por espíritu de aventuras o las más de las veces, por recurso para olvidar percances o bandazos de su vida en Europa, pidieron en estos cuerpos su destino.

La vida de los moradores de estos pueblos avanzados, sólo pueden comprenderla los que conocen el ambiente.

El clima sofocante y crudísimo y la existencia de meses y meses al margen de toda amenidad y de toda civilización, sólo ante el amago del ataque de los enemigos seculares, los tuaregs nómadas y los habitantes, les hacen en general caer en un estado de trastorno nervioso que se agrava con el uso incesante del alcohol.

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

MP RENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

En aquel fuerte, el comandante, Mayor Bertran, era uno de los más típicamente incluidos en este estado morbosito a que hemos hecho referencia.

El "cafard", así denominado este género deprimente de neurastenia, había hecho presa en él y había exacerbado su carácter violento.

Era un día en que la guarnición tuvo que salir para habérselas con una harca de los nómadas que hostilizaban sin cesar la posición.

Tal vez no hubiese sido absolutamente preciso hacer la salida, pero el Mayor ordenaba, ante cualquier hostilidad, que se recurriera a la acción armada.

Venían las tropas de regreso, maltrechas y conduciendo los numerosos heridos, y los compañeros del interior del fuerte recibieronles montando la guardia.

Se oyó la voz de mando:

—¡Guardia, a formar!

André Morand, el médico del fuerte, aguardaba con su solicitud de costumbre a los heridos, a quienes había de dispensar sus cuidados para arrancarlos, si hubiera medio de ello, de las manos de la muerte.

Preguntó al ordenanza cuántas camas había disponibles, y éste hubo de responder:

—Once hay aquí y unas cuantas quedan todavía libres en la enfermería.

—Tal vez sean bastantes.

Una gran alegría se reflejó en el rostro del médico cuando vió llegar erguido a caballo al capitán que mandaba la fuerza.

Una vez descabalgado éste, estrecháronse las manos entrañablemente.

—¡Jean!

—¡André!

—Sano y salvo, ¿verdad? —exclamó el médico.

—Sí, bien puedo felicitarme por haber salido con bien de esta. Personalmente no me puedo quejar, pero traigo más de cincuenta bajas. ¡Y menos mal que gracias a ti se salvarán la mayor parte!

El médico dijo eludiendo el elogio:

—¡Gracias a mí y a Alá!

Jean aseguró:

—Ha sido estúpido este ataque; sin más consecuencias que una matanza estéril.

—Y a esos degolladores, ¿no pudisteis cazarlos?

—Al contrario; al perseguirles por el desierto caímos en una emboscada. Pero era inevitable. Ya sabes cómo son las órdenes del Mayor.

—¡Bah; las órdenes del Mayor! Sacrificar cincuenta hombres para ganarse una reputación de guerrero. Mientras tanto, él está muy seguro en su butaca.

En efecto, el Mayor hallábase acomodado en su sillón y Salazar, el ordenanza, calzábale las botas de montar y abotonaba una de ellas.

Bertrand, por no perder la costumbre, era presa de su terrible humor, que descargaba preferentemente sobre el sufrido ordenanza.

Por una leve presión que sintió en la pierna, hizo un aspaviento de dolor, y despidió al asistente lejos de sí, de una patada en el pecho.

—¡Imbécil! ¡Animal! Te he dicho mil veces que no aprietas de ese modo.

Salazar era un hombre de tez morena, gruesos labios y mirada torva, que asimilaba medroso y humillado, incapaz de toda protesta exterior, los malos tratos y vejámenes de aquel superior cruelísimo.

Se levantó con el gesto de un perro asustado y ofreció:

—¿Puedo servirle en algo?

—¡Calla, acémila!

—Bien, señor.

—Ese doctor —dijo el Mayor en soliloquio— me está haciendo esperar adrede. Si no obedece, no continuará mucho tiempo en el fuerte.

Llevóse a la boca el primer sorbo de la taza de café que le había servido el ordenanza y al no encontrar la temperatura de su gusto, arrojó la taza lejos de sí.

—¡Idiota, está frío! ¡Dame en seguida otra taza!

En este momento, el ayudante pasó aviso al Mayor de que el capitán Fabien deseaba informarle del resultado de la operación, y antes de hacerlo pasar, tuvo tiempo para probar la segunda taza de café, que tampoco fué de su agrado y sirvió para que Salazar recibiese nuevos insultos y nuevos malos tratos.

—¡Ah, cerdo! Ahora está ardiendo. ¡Me has abrasado! Que venga el doctor ahora mismo.

—Sí, sí, señor.

Salazar ausentóse pegándose a las paredes, sin atreverse a levantar la mirada, pero en sus pupilas, inadvertido por el Mayor, había un reflejo de odio sombrío, de ese odio que es impotente para mostrarse y por eso es como un hierro al rojo que quema las entrañas.

El capitán Jean Fabien presentó, al poco rato, la relación del encuentro con el enemigo y la lista de las bajas.

Mientras, André se aplicaba con su celo característico a la cura de los heridos que en aquella ocasión acapararían, por mucha que desplegase, toda su actividad.

Apenas Fabien hubo despachado con el Mayor, con el cual ninguno de los oficiales cruzaba otras palabras que no fuesen las estrictas de servicio, corrió a encontrarse con su gran amigo el médico, y charlaron refiriéndose a la ardua labor de este último.

Jean recomendó a André:

—Mira a ver qué quiere el Mayor. No sabes cómo le tienes de furioso.

—¡Que reviente! Mi puesto y mi deber están al lado de estos infelices.

Cuando hubo terminado de practicar las curas de urgencia, decidió ir a visitar al Mayor.

—Voy a lavarme y veré ahora a ese carnicero. ¡Qué puerco! Tendrá una indigestión, como de costumbre.

—¿Te vas antes de abrir el correo?

Estaban sobre una mesa las cartas que acababan de llegar.

Morand no hallábase enamorado como su amigo, y no tenía esperanzas de recibir ninguna tierna misiva, y al comunicarle el capitán que una de las cartas era para él y traía el membrete del Ministerio de la Guerra, le dijo:

—Abrela.

Leyó Jean, y tuvo que comunicar al médico:

—¡Te trasladan! ¡Y vas destinado a Binibas!

—Ya sé, un poco de fiebres. El peor puesto del Sudán en pleno desierto.

—¡Aquellos es un cementerio! El Mayor debe desembarazarse así del que le estorba.

—Todo eso será si yo me resigno.

—Yo también pediré el traslado.

—No puedes hacer eso. No te lo permitiría.

—Gracias a ti no estoy enterrado en el Marne. Y eso, amigo mío, no se olvida nunca.

—Nada, no es hora de más sacrificios. Tú tienes un porvenir. Yo estoy solo en el mundo. Tú, no... Pero dejemos esto y vamos a beber...

—Bebes demasiado—se lamentó el capitán.

—¡Bah! Es una grosera diversión para olvidar este clima y esta arena y ese puerco del Mayor.

—Tu traslado a Binibas es, en realidad, un crimen!

—No lo ignora él—aseguraba convencido André—. Ha tenido talento para matarme. ¡Bueno! También puedo yo matarlo.

El capitán rió de buena gana de la ocurrencia.

—No merece otra cosa—dijo el médico con acento de cólera.

El ordenanza Salazar pudo escuchar las últimas palabras de este diálogo, al acercarse para transmitir la orden de su jefe.

—El Mayor ordena que vaya usted en seguida.

—Ve a traerme el botiquín—dijo el médico al ordenanza.

Este cumplió la orden, pero con mano temblorosa de venganza, vertió en el frasco del medicamento que ya sabía acostumbraba el doctor administrar a Bertrand, otro líquido contenido en otra botella.

El médico y el Mayor tuvieron unas violentísimas palabras. El primero acusó al segundo de sus órdenes desconcertadas a la guarnición, que ocasionaban muchísimas bajas, y de haber obtenido su traslado valiéndose de infames manejos.

A pesar de todo le preparó la medicina, como tantas otras veces, no sin que el Mayor dijese con ese tono que se emplea cuando se habla por hablar:

—Ralmente, yo no habría de tomar sus medicamentos.

—Yo en su lugar, no los tomaría—repuso el médico en el mismo tono.

Mas he aquí que apenas hubo ingerido el medicamento, el Mayor llevóse las manos a la garganta, dejó exhalar un ronquido y en las convulsiones de un temblor agónico, cayó pesadamente sobre la mesa.

LA SENTENCIA

—Diga usted al tribunal si es esta la botella que halló en el cuarto del Mayor Bertrand, la mañana siguiente del día en que fué descubierto envenenado.

El tribunal militar, con todo su aparato imponente de severidad, juzgaba el caso de la muerte por envenenamiento del Mayor Bertrand y al presunto autor del hecho, el doctor Morand.

La presidencia, el acusador y el defensor escuchaban con toda atención a los testigos que habían comenzado a desfilar.

Sólo una declaración, una revelación inesperada podía desvanecer la apariencia de culpabilidad del acusado, ya que todas las pruebas le indicaban como culpable. El líquido que ocasionó la muerte había sido dado directamente a la víctima por el médico y era esto lo único concreto que sabíase de lo ocurrido.

El ayudante a quien se interrogaba contestó afirmativamente, y en seguida volvió a preguntarle el fiscal:

—¿Hizo uso de esa botella el doctor Morand, cuando mezcló la medicina?

—Yo eso no lo sé.

—¿Estaba usted presente cuando el doctor hizo al comandante la segunda visita?

—No, estaba en mi cuarto.

Entonces comenzó a preguntar el defensor:

—¿Usted fué testigo de ciertas discusiones? ¿No expuso el Mayor con frecuencia motivos de odio contra Morand?

—Estaba siempre algo molesto con el doctor, porque éste tenía cierto carácter de independencia.

—¿Acaso Morand no estaba en el derecho de defender la autonomía de sus funciones como médico del fuerte?

—Supongo que sí.

—Nada más.

Llególe el turno de ser interrogado al ordenanza Salazar.

—¿Usted, obedeciendo órdenes del Mayor, fué en busca del doctor, no es cierto?

Con cierta emoción extraña al hablar, Salazar respondió:

—Sí, señor.

—Diga exactamente las palabras que oyó.

—Oí al doctor hablar de su traslado a Binibas. Estaba indig-

nadísimo. Decía que el Mayor lo mataba con su astucia. También oí que el doctor decía: "Si hallo yo el medio, lo mataré."

—Es todo—dijo concluyentemente el fiscal.

—¿Tocó alguna medicina cuando el doctor hubo salido?—preguntaba en seguida la defensa.

—No, señor.

—Al tiempo de regresar el doctor, seguía usted allí?

—Sí, señor. El comandante estaba en la cama. Me despidió a la noche cuando hube terminado mi trabajo.

—Está bien, gracias.

Acto seguido sufrió interrogatorio el capitán.

El fiscal hizole esta pregunta:

—Capitán Fabien. ¿Estaba usted con el doctor cuando éste dijo, según el testigo afirma: "si hallo el medio lo mataré yo"? ¿Dijo, en efecto, tal cosa?

—Sí, por costumbre, por pura broma.

—¿Es que puede ser broma la idea de matar a un oficial superior?

—Oh! Pues tales expresiones son muy corrientes en la milicia.

Intervino el defensor:

—Usted y el doctor Morand eran amigos, ¿no es cierto?

—Desde muy niños—repuso Jean—. Fuimos juntos a la gran guerra. Y sé que pidió esta plaza porque yo estaba aquí.

—Luego, si usted le conocía perfectamente, ¿puede decir si alguna vez Morand hizo daño a alguien?

—No, por el contrario, ha hecho siempre todo el bien que ha podido. Noche tras noche, sin reposar, atendía a los hombres que estaban a su cuidado. ¡Todos cuantos le conocen jurarían por su vida que él no ha podido hacer lo que se le imputa!

El fiscal habló con algo más de rudeza al dirigirse al doctor Morand:

—¿Se obstina usted en negar que ha matado al Mayor?

—No sé cómo fué lo ocurrido, ni conozco más que lo que he confesado.

—¿Había usted bebido aquel día?

—Sí.

—Ya voy entendiendo. Usted era un acreditado cirujano en París. ¿Por qué se fué de allí? ¿Por qué vino a servir a un obscuro rincón de África? ¿Acaso hubo por medio una mujer?

El acusado contestó en un tono de alta dignidad:

—Eso no le incumbe al tribunal.

—Es evidente que hay un capítulo en su vida que usted desea tener secreto.

Tratábase ahora de remover en una de esas llagas que todos los hombres de vida intensa tuvieron, en un tiempo, y el defensor, con muy buen acuerdo, exclamó, atajando la labor improcedente del fiscal:

—¡Protesto! ¡Y pido que conste esa observación!

El presidente mostró su conformidad. Y la defensa insistió en su punto de vista:

—¿Alguien más, a juicio de usted, podría tener motivos para matar al Mayor?

—Sí, desde luego, él fué la causa de la muerte y de la mutilación de muchos hombres.

No obstante los esfuerzos de la defensa, el juez, antes de retirarse el tribunal a deliberar, tuvo que decirle al acusado:

—La prueba le es contraria en absoluto. ¿Desea usted, tiene algo más que decir?

—Nada.

Poco después era leída la sentencia. Las palabras de ella, que resonaban con un eco fatal en el silencio de la sala, cayeron como una losa sobre el corazón de André.

“Visto el juicio, el procesado André Morand resulta culpable del envenenamiento del Mayor Bertrand”.

“La sentencia es pena de muerte, de conformidad con lo que determina el Código Militar, dándose el juicio por concluso”.

Consecuentemente con este fallo del tribunal, el doctor quedó arrestado en el fuerte donde aguardaría el cumplimiento de la sentencia. Y ésta hubiese sido ejecutada de no ser por la intervención, por la abnegación, mejor dicho, de su amigo el capitán Fabien. Al actuar Jean de oficial de día, encontraba franco el paso por todo el fuerte y tuvo coyuntura para dejar abierto el calabozo donde se hallaba André y procurarle fácilmente la huída.

Con las palabras entrecortadas que se cruzaron en los momentos apremiantes de la despedida de aquellos dos hombres que ponían en juego lo más sublime de la amistad, Jean aconsejó al doctor que rodease la costa, hasta llegar a Port Zamba. Allí podría refugiarse hasta que aquello fuera olvidado.

Momentos más tarde había en el fuerte el revuelo que es de

presumir, y un soldado venía al encuentro de Fabien para gritar con voz jadeante:

—¡Capitán; ha huído el prisionero!

MAYOT Y EL PADRE CARMION

De aquel barco que acababa de atracar en el muelle de Port Zamba, descendió una mujer joven de esbelta figura y hermosísimas facciones.

El capitán del barco, encantado de la simpatía y de la fresca inocencia que irradiaba de aquella muchacha, habíala despedido con toda afabilidad.

—Adiós, señorita. No deje de saludar en mi nombre a su tío, y si por casualidad él no la quiere, aquí la espero yo.

Al tiempo de poner pie en tierra Margot, un sujeto con todo el aire de un golfo internacional de los que se ven en todos los muelles, vagaba por el puerto silbando y con las manos en los bolsillos.

Era Bimpy, un hombre que seguramente no tendría mal corazón, pero a quien nadie le había enseñado grandes remilgos con la moral.

Un mozo llevó el equipaje de la viajera a uno de los automóviles. Entre otros varios objetos estaba el bolso de ella.

Bimpy, que inspeccionábalo todo, no tardaba en acercarse al vehículo y en el primer descuido del conductor removió dichos objetos hasta dar con la agradable sorpresa del monedero.

Con un rapidísimo movimiento, lo ocultó debajo de su blusa.

Apenas montó ella en el automóvil que había de conducirla al final de su viaje, la Misión para niños indígenas que dirigía su tío, un sacerdote todo bondad, los chiquillos que pululaban por el puerto rodearon el vehículo para acosar a su ocupante con la chillería de sus peticiones.

Ella atendía a todos y les repartió unas cuantas monedas que llevaba en la mano, hasta que el coche arrancó, una vez que el chofer pudo oír por encima de los gritos de los chiquillos, la voz que indicaba:

—¡A la misión de San Pablo!

Era la misión de San Pablo un establecimiento del tipo de otros análogos, donde educábase y se socorriía a gran número de

niños del país, que encontraban los mejores cuidados y el más grato ambiente en aquel remanso limpio y afable, y en la solicitud del Padre Carmión, un verdadero santo que dedicaba a aquella institución toda la actividad de su vida.

La llegada de su sobrina Margot le colmó de alegría. Se precipitaron uno en brazos del otro; ella feliz de encontrarse otra vez en la tranquilidad de la misión y rodeada de los pequeños indígenas, y él encantado por tener a su lado, colaborando en su obra, a la persona por quien sentía más afecto.

La sorpresa de Margot fué más que mediana cuando al ir a pagar al chofer, se encontró con la falta del bolso.

En él iba una regular cantidad y fué preciso que el Padre Carmión la consolase de la perdida, con sus palabras de acendrado cariño:

—No te aslijas, no merece la pena. Yo pagaré a este hombre. Vale más la dicha de tenerte otra vez aquí, que todo el dinero del mundo. A ver si ahora es para siempre.

Todos los pequeños de la misión reconocieron en seguida a la recién llegada, y la rodearon cariñosamente.

El diminuto Joseph, negro como el ébano, corrió a sus brazos:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Me trae caramelos?

—Sí, hermoso, te traigo caramelos, claro. ¿Te gustan los de chocolate?

El niño se relamía de gusto.

Toda la calma y la actividad del establecimiento parecía hacerse más clara y más luminosa con la presencia de la bella Margot.

RENA

Bimpy entró en aquel bar que también era cabaret, regentado por una muchacha de cuerpo móbido y hermosa frescura en el rostro, que atendía por Rena.

Tuvo un serio altercado con el camarero, que se negaba a permitirle la entrada y a servirle consumición alguna, en vista de las muchas que tenía pendientes de pago.

La llegada de Rena apaciguó algo la disputa, pero sobre todo, contribuyó a apaciguarla la exhibición por parte de Bimpy de unos cuantos billetes.

Rena bajaba a preparar un número de baile que actuaría por

la noche y pronto atosigaba a un grupo de muchachas que levantaban las piernas rítmicamente:

—¡Más vivo! ¡Más vivo!—les decía a gritos—. O haré que lo bailéis de coronilla.

A Bimpy lo trataba con entera confianza, con esa confianza con que se trata a un fresco semichiflado:

—¿Qué hay, mico? ¿Has vivido estos días en la cárcel?

—¡Oh! todo lo contrario. Me fui a ver cómo andaban mis fincas.

Al observar que pedía decididamente de beber y además ¡pagaba al contado!, Rena le preguntó:

—¿A qué se debe ese rumbo?

—Pues verás; a un triste bolso que me encontré. Manitas de plata que tiene uno...

La gran obsesión de Rena era estar al tanto de la vida de cierto doctor que habitaba en el barrio indígena y que antes vivió en casa de ella.

Claro que cuando a una mujer la obsesiona algo parecido a esto, el amor, de un modo u otro juega su papel.

—¿Todavía anda el doctor por esos barrios?—preguntó a Bimpy.

—Sí, ¡Vaya una idea genial la de irse a vivir allí! Con lo bien que estaba cuando se encontraba en esta casa...

—¿Le sigue gustando el mosto?

—¡Oh!, y tanto. Empina el codo sin descanso.

Y Rena dejó al desaprensivo de Bimpy y decidióse a visitar en el barrio indígena al doctor.

EL CONSUL DEL DEMONIO

En la fachada de la casa en que habitaba el doctor que tanto preocupábale a Rena, junto a la puerta, había esta leyenda que, sin duda, fué escrita por algún indígena, asombrado de algunas curas que parecieron milagrosas: "Alá protege al cónsul del demonio".

Dentro, un hombre que había consagrado toda su vida a la

ciencia médica, curaba día tras día a todos los heridos y enfermos de aquel paupérrimo barrio indígena, entre cuyos habitantes miserables cundió la fama de su gran pericia y de su gran caridad.

El doctor Paul Verney, establecido en Port Zamba poco después de ciertos sucesos ocurridos en el fuerte Ronet, donde murió el Mayor Bertrán, mal vivía con su numerosa clientela que no le pagaba y la escasísima que le abonaba sus servicios.

Ahora era una madre con la miseria retratada en el semblante, que traía su hijo en el regazo para someterlo a las intervenciones del doctor, que iba logrando arrebatarle de una muerte segura.

André Morand, el médico huído del fuerte, que no era otro el "Cónsul del demonio", le puso una venda limpia después de la cura, y recomendó a la madre que volviera a la semana siguiente.

—No puede ser—dijo acongojada la mujer indígena—. No tengo dinero.

—No importa. Eso es lo de menos. Así tendré un nuevo crédito con Alá.

Marchó, como tantas otras, agradecidísima la mujer, y al poco rato, Rena llegaba junto a la casa.

Una vez en presencia del médico, aludió a la inscripción que había en la fachada y luego le dijo:

—¿Está usted jugando al Buen Samaritano? Todo para esta chusma de Port Zamba.

—Probablemente eso es mejor que aficionarse a su horrible coñac.

—¿Mal coñac? Tres estrellas... y traído exprofeso para usted.

—Yo ya no quiero beber.

Siguió, así, un diálogo banal, y por fin ella imploró con voz amorosa:

—Paul; ¿por qué huye usted de mí? No soy venenosa ni hago daño a nadie. ¿Verdad?

—Recuerdo muy bien el favor que usted me hizo cuando me acogió, al llegar arrastrándome, derrotado, del desierto. No lo olvido ni por un momento, pero...

—¿Pero qué?

—Es algo que no puedo explicarle. No me comprendería.

—¡Es usted el hombre más original que he conocido! Desapareció y llevó varios meses sin saber una palabra de usted. Nunca me ha dicho quién era, ni de dónde venía, ni por qué se

encuentra aquí. Ya sabe que a esta tierra no se viene en busca de salud.

En efecto, la llegada de un europeo desconocido a Port Zamba, no podía ser más que la consecuencia de una dramática aventura o de una dolorosa contrariedad.

De un modo o de otro, Paul no accedió a las súplicas de Rena que le ofrecía el confort de un cuarto en su casa y de otras atenciones a cambio de... lo que puede aguardar una mujer enamorada.

EL FUGITIVO CONOCE A MARGOT

Kassin, un árabe negro y fibroso, un hijo del desierto, vino a través de leguas sofocantes de arena, a poner en guardia a Morand, con un mensaje de su mejor amigo, el capitán Fabien, del Fuerte Ronet.

Se le avisaba de que existían algunas indicios acerca de su pista en Port Zamba.

—Gracias, Kassim—le dijo al árabe—; tendré que cambiar de domicilio. No digas nada a nadie.

El mozo, con un gesto de noble gratitud en su rostro atezado, prometió:

—Nada diré. Me salvaste de mortal enfermedad, mi vida es tuya.

Apenas hubo desaparecido el indígena, penetró Bimpy con su desparpajo de siempre.

André, al notar su actitud de alegre satisfacción, le hizo declarar el motivo de ella.

—Pues es muy sencillo—respondió aquel pigre—. Alguien extravió un objeto valioso y yo... me lo encontré.

—Dime qué es ello.

—¡Oh! La recompensa, por fin, a mis grandes virtudes.

Sin grandes apremios, acabó mostrando a Morand el bolso, y éste, comprendiendo que se trataba de un hurto, lo registró y pudo ver una tarjeta con la dirección de la propietaria:

“Margot Le Sesue. Casa del Padre Carmión. Misión de San Pablo. Port Zamba.”

—¡Bonito nombre!—exclamó el médico.

—¡Bonito dinero!—rectificaba al punto Bimby.

Este fué acosado a preguntas por el médico, y con aquel respeto, mezcla de afecto y ternura que sentía hacia Morand, confesó cómo había llegado el bolso a sus manos.

—¿Cuándo vas a corregirte?—le gritaba el médico—. Esto tiene que acabarse, ¿lo oyes? Tu conducta es vergonzosa. ¿No te sonroja?

—No, señor... Digo, sí, señor.

—¡No te tolero una vez más estas necedades! ¿Me comprendes?

—Sí, señor.

—¿Estás arrepentido?

—No... sí, señor.

—Pues hay que obrar como caballeros, y restituirlo.

—¿Restituirlo?

La cara de Bimpy era la propia estampa de la extrañeza, pero, a pesar de su desolado desconsuelo, al cabo de breve rato André encontrábase en casa del Padre Carmión.

—¿Vive aquí Margot Le Sesne?

Fué introducido Morand en la Misión y al restituir el bolso, su gesto y su rasgo produjeron una gran simpatía en el ánimo del Padre:

—¡Ah!—dijo éste—. Si no me equivoco, usted es ese hombre que está haciendo tanto bien en el barrio indígena ¿no? Oí que le llamaban el “Cónsul del demonio”.

—Pues llámeme usted el de la “Legión de los perdidos”. La mayoría de mis clientes son naufragos y desheredados de la vida.

El bondadoso Padre le escudriñó con su mirada inteligente:

—Apostaría a que anda usted mal de dinero. Esta cantidad era de importancia para usted, y no obstante la restituye...

En este momento aparecía Margot que, vestida con un vaporoso traje casero, y dentro del marco de la fresca enramada del jardín, mostraba como nunca el atractivo de su juventud y de su belleza.

—¿Puedo añadir mis gracias a las del Padre?—preguntó con la suave modulación de su voz.

El sacerdote púsola en antecedentes de lo ocurrido, y ella y el médico quedaron vis a vis, contemplándose con fijeza.

En ese gesto imperceptible, que es como un hábito leve que ilumina los rostros y los ojos y que se observa en los que de



—Manitas de plata que tiene uno.



—...¿Por qué huye usted de mí?



—¡Es usted el hombre más original que he conocido!



Margot colaboraba con sus cuidados.



—Siempre he imaginado que se marcharía usted.



—¡La amo a usted!



—¿Se ha decidido usted, al fin, a venir?



—Quédese usted aquí.

pronto experimentan una mutua atracción, pudo percibirse que no era pequeña la que ambos sufrieron.

La muchacha, por decir algo, interrogóle:

—Representaba esto mucho para usted, ¿verdad?

El gesto ambiguo de él denotaba que su situación no era la más propicia para un rasgo de ese género, y ella, sin pensar, en la franqueza de su juventud, que aquella proposición pudiera herirle, dijo:

—¿Quiere usted que partamos este dinero?

André contestó con alguna sequedad:

—No, gracias. Adiós.

Antes de haber ganado él la puerta, Margot suplicó a su tío que hiciese algo para aquel hombre, y el buen sacerdote detuvo a André y le esbozó el proyecto de fundar una clínica dentro de la Misión, que podría ser todo lo que necesitaba para completarse la aptitud benéfica de aquel establecimiento.

—Sería magnífico—entusiasmábase el padre—. Usted me provee de cuerpos sanos y yo, con el divino auxilio, me aplicaré a salvar sus almas.

El fugitivo se echó a reír:

—¡Una idea divertida! ¡Su traje y el mío en colaboración!... Bueno, bueno, lo pensaré.

CLINICA MODELO

Radek, el funcionario encargado de la jefatura de policía en Port Zamba, no era un hombre de grandes escrúpulos cuando se trataba de averiguaciones propias de su cargo, y aquel día creyó hallarse sobre la pista de algo que pudiera ser lucrativo e interesante.

Había sido apresado un árabe que suscitó sus sospechas.

El jefe interrogaba al moro con promesas amenazadoras:

—¿Quieres decirme qué haces en Zamba? Tú perteneces al fuerte francés Rondet y es muy extraño que hayas recorrido tantos kilómetros. Dime qué asunto te trae.

El interrogado se obstinaba en un estoico mutismo.

—No creas que eso te salvará—gritábale Radek—. En el calabozo se te soltará la lengua.

No fué posible arrancar ninguna revelación al indígena, que, como ya sabemos, había jurado silencio al doctor Morand.

Pero, poco más tarde, se recibía un despacho del gobernador francés, concebido en estos términos: "El médico André Morand, que fué condenado en el Fuerte Rondet por asesinato y dado por muerto, se supone que se halla refugiado en Port Zamba. Sigue informe y fotografía."

El avisado jefe policial comprendió que allí había mucho dinero a ganar y, después de algunas consultas con su ayudante, recordó que en el barrio indígena había un francés, Paul Verney, que estaba ejerciendo de médico cirujano.

—Tal vez conozca a ese individuo llamado André Morand— pensó, formando el propósito de interrogarle concienzudamente.

Mientras, la clínica que un día proyectara el tío de Margot, funcionaba a maravilla y había dado a la Misión una importancia que jamás pudo soñar.

Allí todo era orden, tranquilidad y perfecto funcionamiento. Una verdadera legión de enfermos acudía a diario a la consulta del doctor Verney, que con su ciencia y su afabilidad llevaba, cuando no la curación radical, el consuelo a los ánimos de los pacientes.

Margot colaboraba con sus cuidados a la obra común y era como un rayo de sol grato y alegre en la umbría de los jardines.

Hasta Bimpy estaba empleado en la casa y se cuidaba de labores de menor cuantía, como el pastoreo de las cabras y otras semejantes.

En aquellos momentos había llegado un indígena nómada para que le fuera practicada la cura de una mano.

El doctor contempló la herida, que por fuerza había de ser muy dolorosa, y preguntóle:

—¿Le duele?

—No es nada.

—Está aplastado el dedo.

—Sí; una bala.

—Hay ya gangrena. Se salvaría la mano si cortara el dedo ahora mismo.

Con toda entereza y sin inmutarse contestó aquel impávido nómada del desierto:

—¿Qué es un dedo comparado con la mano derecha? ¡Corta!

Terminada la breve operación, sin que se contrajese un solo músculo en el rostro del árabe, André le dijo:

—Es usted muy bravo. Le espero mañana.

—Mañana estaré muy lejos, dentro del desierto. Gracias, "sahib". ¡Alá te bendiga!

A todo esto, Bimpy luchaba con escasísima habilidad entre el ganado cabrío que le estaba encomendado, y alguna vez, cuando sus esfuerzos fueron inútiles para atrapar las ubres de las cabras, vertía unos jarros de la leche adquirida para el establecimiento y la presentaba con todo cinismo, como si la hubiera acabado de ordeñar.

Bimpy había sufrido una gran transformación. No sólo en sus costumbres morales, sino hasta en el cuidado de su persona. Se bañaba y se ponía agua de colonia. Pero nunca consiguió que André le considerase como un pastor modelo.

De todos modos, el antiguo granujilla, merodeador del puerto, sentíase feliz.

También Margot concebía, a su pesar, nuevas esperanzas de felicidad. Sus diálogos con el doctor se desarrollaban con cierto atisbo de ternura.

—Es maravilloso su proceder—le dijo una mañana, sentados ambos junto a un pequeño estanque, en las aguas del cual se reflejaban el oro de los cabellos y la blancura suave de los brazos.

—Bajo la influencia de usted, pueden ser de nuevo felices.

—Me sorprende—respondió él sin poder ocultar una sombra de cansancio en el semblante.

Margot no dejó de percibirlo, y díjole así:

—Es muy extraño su desaliento.

—Suele haber poca suerte para los hombres en este mundo de mis pecados.

La muchacha rompió a reír:

—¡Ja, ja! ¿Pero es tan difícil que uno acierte a ser feliz?

—¿Usted lo es, acaso?

—Yo creo que sí. Lo cierto es que usted ha traído mucha felicidad a esta vieja Misión, y creo haber descubierto su secreto.

—¿Mi secreto?

—Sí: cuidar de todo y a todos sin pensar en usted.

—¡Oh! Al contrario. Tal vez soy el hombre más rutinario del mundo. Acepto su hospitalidad, cuento con mi dinero, me creo un porvenir...

—Siempre he imaginado que se marcharía usted—observó la sobrina del padre misionero con un dejo de desencanto.

—¿De su lado, quiere decir?

—No; más bien de usted mismo.

Vino a cortar aquella charla una visita inesperada y que Bimpy se encargó de anunciar.

Era Rena que, al encontrarse frente al médico, echóle en cara, al recibir un simple y escueto saludo:

—¿Sólo esas palabras, tras de su cobarde huída?

—Nena; no podía hacer otra cosa.

—Suerte que oí hablar de su obra benéfica en esta comunidad. De otro modo, nunca le hubiera hallado.

El justificóse:

—El padre Carmión me confió la clínica y, además...

—Sí, entiendo. Una dama inesperada...

Hubo un breve tiroteo de frases más o menos irónicas, y Rena rogóle:

—Paul, venga a verme esta noche.

—No. Hago falta aquí.

A pesar de lo rotundo de la negativa, aquella mujer insistió:

—No es mucho lo que le pido, Paul. En esto no hay perjuicio para ninguno de los dos. Dígame, ¿vendrá?

Era el instante en que por azar llegaba Margot, la cual sintió alguna sorpresa al ver al médico tan desusadamente acompañado.

Tuvo él que hacer la presentación de rigor:

—Nena Cordier... Margot Le Sesue...

Los gestos de ambas mujeres fueron muy distintos. El de Nena algo adusto y despechado:

—Gracias. Creo que debo marcharme. Le espero esta noche, Paul. Adiós.

—¿Quién es?—preguntó la sobrina del sacerdote apenas desaparecida Nena.

—Es una persona que una vez hizo algo bueno por mí.

Margot quedóse semiconvencida y pronto dió al olvido aquel encuentro.

EL CANTO DE LA CARAVANA

Acodada en el brocal de la fuente, Margot, con los ojos perdidos en lo remoto, oía, en el silencio solemne de aquella hora, la música nostálgica de unos nómadas que cercanamente estaban acampados.

Era un ritmo que tenía su peculiar encanto en la monotonía de su motivo. Era el son triste de los habitantes del desierto...

Otra música interior, más dulce, susurraba en el espíritu de ella.

¿Quién inspiraba aquella música?

Como para responder a esta pregunta, llegó el doctor Verney y musitó a su oído:

—¿Escuchaba el canto de la caravana?

Ella repuso con un suspiro:

—Sí. La caravana... ¡Qué inquietante emoción viajar sin rumbo y sin más guía que la luz de las estrellas!

—Así anduve siempre yo. Al menos hasta que vine aquí.

Recordó entonces la muchacha que en un principio "Paul" fué muy remiso a quedarse, y conjecturaba que una causa algo interesante para ella le habría obligado a tomar afición a aquella casa.

—Nunca se sabe—afirmó él—lo que le está reservado a nuestra propia voluntad.

—¿Cree usted que podemos adivinar lo futuro?

—Es posible.

—Los sabios de Oriente creían que todo estaba escrito en las estrellas. Si hubiésemos de ser felices leyendo en esos puntos luminosos...

Tenía él ahora la voz algo velada:

—Yo sé leer en ellos. Usted y yo hemos viajado... lo justo... para hallarnos. El primer día iba a volverme, iba a marcharme de aquí.

El pecho de ella jadeaba y su respirar revelaba una emoción de infinita dulzura.

—Lo sabía—dijo, y al cerrar los ojos descendieron las suaves cortinas de las pestañas sobre el brillo de sus grandes ojos.

El rompió el breve silencio que se hizo a raíz de estas palabras.

—¡La amo a usted!—exclamó.

Los cuerpos de ambos estaban impelidos por una fuerza irresistible que les atraía, y la boca de él buscó ansiosamente los labios de ella, temblorosos y húmedos por el rocío de la noche.

Cuando el médico hubo bebido ansiosamente aquel beso que no tuvo fuerzas para evitar la muchacha, ésta desasióse con rapidez:

—¡Piedad, Paul!

—Perdóneme, Margot.

Esta comenzó a hablar como al influjo de un remordimiento:

—¡Oh! No es posible. Yo no he debido alentar nada de esto.

Cuando existe un obstáculo...

—¡Hable! ¡Explíqueme!

—No me... no me atreví hasta ahora. Es preciso que lo sepa. Hace apenas tres meses, conocí a un joven oficial en París. Estaba con permiso, y simpatizamos. Era jovial, simpático... en fin, que acabó en noviazgo...

—¿Entonces...?

—Le prometí volver a África, y concertamos que nos casaríamos en cuanto volviese del interior.

Con un tono apesadumbrado, pero digno, dijo el doctor:

—Ya entiendo... Debe perdonarme.

—No ha sido usted el culpable, Paul.

Es fácil de presumir la sensación que experimentaba André cuando, casualmente, pudo contemplar el retrato del prometido de Margot.

Era el capitán Fabien.

EL JEFE DE POLICIA

—Pero el amar no es un crimen—exclamaba el padre Carmiñon, cuando supo que se iba de la casa “Paul” y que hacía por causa de su sobrina.

Y añadía, al decirle el médico que jamás podría aspirar a ningún arreglo que se relacionara con Margot:

—Jamás es un plazo muy largo. No debe haber razón para que se marche. Lo necesito yo, lo necesitan esos pobres indígenas. Prométame que se quedará. Mire, ahora mismo llaman a la puerta de la clínica. Precisan de usted.

Entró un hombre alto, de ceño adusto, que no era otro que el jefe de policía.

—Buenas noches. ¿El doctor Paul Verney?

—¿Qué desea?

—Mucho siento molestarle, pero de pronto ha comenzado a dolerme esta vieja herida, y he creído mejor que vea qué diablos le ocurre.

Mostróle una cicatriz en una de las manos y el galeno le aseguró que no se trataba de nada de peligro.

—Con yodina y un vendaje limpio bastará, de seguro.

Para entrar en conversación, el funcionario comenzó alabando la abnegada obra del doctor y lo extraño que era hallar un hombre de sus cualidades.

Luego, sin dar entonación de mucha importancia a la pregunta:

—Hombre, ¿conoce usted, por casualidad, a un compañero de profesión que fué médico del fuerte francés Rondet? Se llama André Morand.

Morand compuso la cara de mayor ignorancia:

—Ni siquiera he oído ese nombre.

—¡Y yo que contaba con su ayuda! Estoy tratando de encontrarlo. Soy Radek, el jefe local de policía.

—Pues no puedo ayudarle.

—¿Usted reside en la Misión permanentemente?

—Ahora tengo otros planes.

—Bien; le suplico que no se sorprenda si insisto en mis averiguaciones cerca de usted. Acaso vuelva a consultarle otro día.

Terminado de colocar el vendaje, el polizonte se puso en pie para despedirse.

—Gracias. ¿Qué le debo?

—Nada. Contribuya, si le place, con un donativo.

Marchó Radek y, al poco, el doctor tuvo ocasión de conversar con Margot, que procuraba encontrarse con él.

Las primeras frases de ella fueron así:

—Paul, anoche me pidió usted perdón por lo ocurrido, pero soy yo quien ha de pedírselo, y vengo a eso.

André, algo emocionado todavía, aclaró:

—Nada hay que perdonar. Me hago cargo de la situación.

—Pero, si no es nada de eso—le dijo Margot con una sonrisa dulce y bajando los ojos—. Como quería cumplir con él, con mi prometido, he analizado mis sentimientos para estar segura de mí misma. Anoche lo he meditado mucho y hoy lo creo todo resuelto. Ahora estoy convencida de que le amo a usted.

Morand, preso en la violencia de aquel círculo que la amistad le vedaba trasponer, balbució unas palabras:

—Margot... Yo... no quisiera...

—Sí, Paul, pensé que usted podría no haberme vuelto a hablar de ello, y era yo quien tenía que... ¿me comprende?

El volvió a tartamudear otras palabras de evasiva y ella le preguntó entonces:

—¿Duda usted aún?

—Parecerá muy extraño; pero tengo razones para renunciar a usted, a pesar mío.

Abrió la muchacha sus grandes ojos e interrogó, en el colmo de la extrañeza:

—¿Razones más importantes que la de amarnos?

—Usted nada sabe de mí.

—No me importa el pasado, Paul. Sé cómo es usted hoy y me basta.

Pero aquel hombre, que en apariencia desdeñaba el amor de una mujer como Margot, y que tenía tan poderosas razones para apartar de sí todo sentimiento hacia ella, declaró rotundamente:

—Es imposible! Me voy ahora mismo de esta casa.

—¡Oh, Paul! ¡Usted no sabe lo que se dice! ¡No, no se vaya! Anoche dijo que me amaba. Si no le importa, en realidad, ese amor, piense al menos en usted mismo. Aquí lo necesitan. No; no debe retroceder.

—Todo es inútil—ratificó André con gran entereza—. No hay más solución que olvidar.

Ella tuvo un gesto como si le acabasen de arrancar del alma una ilusión ya muy fuertemente arraigada. Y musitó solamente:

—Lo siento, Paul. Veo que me he equivocado.

De la Misión fuése el doctor Verney a casa de Nena, a quien encontró dedicada a instruir a las girls que actuaban en el esta-

blecimiento y cuyo ensayo versaba sobre la canción de "Mon Papá".

Las voces más o menos concertadas de aquel coro de muchachas, lanzaban los acordes del popular couplet, mientras oyóse entre las atipladas de ellas una voz de varón.

Rena reconoció, en seguida, al recién venido y corrió a tenderle la mano.

—¡Ah, Paul! ¿Se ha decidido usted, al fin, a venir?

—No, Rena. La verdad es que no sabía dónde meterme.

Rena pasaba por todo, con tal de tener al doctor a su lado.

—Bien. No importa. Quédese usted aquí. Esta es su casa.

El íntimo regocijo de Rena por tener de nuevo en su casa al médico, fué turbado por la llegada del jefe de policía, que quería entrevistarse con ella.

Greyó ella que se trataba de un asunto corriente, relacionado con la búsqueda de desertores, pero Radek le explicó:

—Esto es más gordo, y creo que tengo al fugitivo.

—¿Dónde?

—En cualquier parte, menos en la Misión de San Pablo. Anoche fui allí y ya había huído.

Si hubiera sido mejor observador, hubiera advertido el jefe un gesto de profundo disgusto en el rostro de ella; pero Rena era mujer que sabía sobreponerse, y preguntó con tono seguro:

—¿Sabe perfectamente a quién busca?

—Claro, no cabe error. Mire la fotografía que he recibido: "André Morand, médico cirujano, perseguido por asesinato." Ya sabe usted quién es aquí. Sus compañeros le llaman Paul Verney. ¿Dónde está?

—Ni la menor idea. Créame que no le he visto hace muchos días.

—Pues, oiga—y a Radek le brillaba la codicia en los ojos—. El propio gobernador se interesa por esta captura. ¡Se me ascenderá al momento! Mis aspiraciones serían al fin satisfechas. Yo sabría pagar a usted espléndidamente.

Bien sabía el jefe de qué modo le sirvió siempre en sus pesquisas aquella mujer, ya que el establecimiento era, como si dijéramos, la mejor oficina de información de la costa.

Prometióle Rena interesarse en el asunto, fingiendo haberse despertado en ella también la codicia, y le indujo a que pasara allí la noche, insinuándole los atractivos de que podía rodearle.

Dudó él un poco; pero todas sus dudas se desvanecieron, al aparecer unas lindas muchachas que se sentaron a su mesa y al oír la voz de Rena que gritaba:

—¡Champaña del mejor!

LA HUIDA DE PORT ZAMBA

Poco después de lo acaecido en el capítulo anterior, llegaba Bimpy a casa de Rena y no tardaba en ser visto por el jefe de policía, que ya le conocía de antiguo.

—¡Hola, jefe!—exclamó jovialmente—. ¿Quiere conocer unos buenos amigos míos?

Radek, que ya tenía en su interior varias botellas de champaña, contestó con la voz pastosa y los ojos algo nublados:

—Si son buenos policías, ¿por qué no?

Acudieron otras muchachas a la mesa, deseosas de gozar del buen humor de Bimpy, y la juerga generalizóse cumplidamente.

Al mismo tiempo, en la habitación de Rena, conversaban ésta y André:

—No me engañe, Rena —decía el doctor—. ¿Qué quiere Radek, qué busca?

—Pues, claramente... me ha enseñado un informe con la fotografía de usted y al pie un nombre que dice André Morand.

—¿De modo que así usted ya sabe que yo...?

—¡Qué importa que la acusación sea o no falsa!—dijo ella con un acento de absoluta sinceridad.

—¡Gracias, Rena!

Y entre ambos combinaron la manera de entretener al policía, procurando que terminara de emborracharse y pensando ella en que tal vez la dádiva de sí propia hiciese olvidarlo todo momentáneamente a Radek.

Este estaba abajo encantado con las girls que se desgañitaban modulando la canción de "Mon papá" y le eran pródigas en caricias, mientras todos reían de buena gana las ocurrencias de Bimpy.

En medio de la algazara, y obsesionado aún en la borrachera por el objeto de sus pesquisas, Radek mostró a los que le rodeaban la fotografía del médico de la misión.

—Mirad, ¿conocéis a este joven?

Bimpy pecó de inocente, en el primer momento.

—Con ese uniforme, no; pero juraría que es mi patrón.

—¿Quién? ¿Tu amo? ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Oh, qué gran embustero!—gritaron las muchachas.

—¿Adónde fué tu patrón?—insistía el jefe.

Pero Bimpy ya había comprendido su ingenuidad, y la rectificaba:

—Pues, pues... se dice de él que es aviador. Mejor dicho, barbero. Bueno, lo más seguro, aviador. En todas partes hay moscas y aviadores y barberos. Puede haber ido a Pekin o a Pikon, o a Siam o a Sión. O a Tampico o a Tampoco... En fin, vaya usted a saber.

Las muchachas corearon con risas estridentes aquellas incongruencias.

Y Bimpy, que no hubiera vendido al doctor por nada de este mundo, abandonó al grupo, diciendo:

—No me haga gran caso, jefe. ¡Usted triunfará! Bien; me voy contento por la buena orientación que acabo de darle.

Mientras, André se despedía de Rena, sin conjeturar algo tan inesperado como la llegada de Margot, que preguntaba con insistencia por el jefe de Policía.

Precisamente acababa de proponerle Rena al médico la huída en un barco, cuyo piloto era conocido suyo, y que saldría al amanecer.

Al encontrarse en presencia de Rena, Margot le dijo:

—Perdóname; vengo en busca del Jefe de Policía.

Entonces André, al oír aquella voz tan querida, salió de su escondite:

—¡Margot!

—¿Usted?

—Pero, por Dios, ¿qué hace aquí?

La muchacha expresó su deseo con absoluta decisión:

—Vengo a que me preste el Jefe de Policía una escolta para ir al Fuerte Rondet.

—¿Al Fuerte Rondet? Pero, ¿quiere usted ir?

—Debo ir.

Comprendió Morand el motivo por el cual quería llegar Margot hasta el Fuerte, y sin detenerse a reflexionar los peligros que una decisión así entrañaba, afirmó:

—Yo conozco el camino. La acompañaré.

Mas todavía era preciso que Rena ofreciese el último sacrificio.

—¡Apresúrense! Todo he podido arreglarlo para que marchen los dos.

—Rena—le dijo Morand conmovido—. Tiene usted un corazón de oro. Pero ya no hace falta su ofrecimiento. Me voy con Margot al Fuerte Rondet.

—¡Qué locura! He visto muchos hombres tontos en la vida, pero como usted ninguno.

Realmente era tanto como jugarse la libertad, la vida, todo lo que pudo salvar con infinitas dificultades.

LA TRAGEDIA DEL FUERTE

El mismo momento en que André, Margot y Bimpy huían hacia el desierto, era el más indicado para que Rena pusiese en juego sus recursos para retener al obstinado Jefe de Policía.

Este subió, tambaleándose, hasta el aposento de ella:

—¡Oh!, ¿está usted aquí? ¡Dónde se ha metido hasta ahora? Compuso la muchacha la mejor de sus sonrisas:

—¿No quería informes sobre el paradero del doctor Morand?

—Sí; pronto. ¿Hay noticias?

—Mañana por la mañana podré decirle exactamente dónde se halla.

—Bueno, entonces volveré.

—¿No se queda aquí esta noche?

La voz y la actitud de Rena eran tan insinuantes que entre los vapores del alcohol, le animó a Radek el demonio de la sensualidad.

—¿Por qué no he de quedarme?

Fué a sentarse y quedó medio tendido sobre una *chaise-longue*. Acariciaba, vacilante, a Rena.

—¡Tiene usted la espalda más bonita que hay en el Norte del Trópico de Capricornio!

—¡Ah! Y usted se interna en el territorio, ¿no?

—No, no lo crea.

El babeaba sus frases confusas, y ella usaba de toda su coquetería.

Todo era válido para que sus amigos ganasen las arenas del desierto.

* * *

La situación en el Fuerte Rondet era tan crítica, que el comandante de las fuerzas, el capitán Fabién, había ya perdido casi todas las esperanzas.

Ordenó al telegrafista, que se hallaba gravemente enfermo, pero aun conservábase en su puesto, que cursase este radio:

“Sin respuesta a nuestros despachos. Atacados por la fiebre. En la última operación tuvimos ciento nueve muertos entre soldados y oficiales. Envíen refuerzos y médico en seguida. Cualquier demora haría todo inútil.”

La fiebre devoraba a la mayor parte de los soldados que no habían sido heridos en los combates con los indígenas, y el cariz de los acontecimientos era completamente desesperado, cuando un centinela anunció al comandante del Fuerte:

—Capitán. Tres jinetes, entre ellos una mujer.

—¡Que pasen!

Y ante su presencia se presentaron las personas que menos esperaba ver.

—¡Margot!

—¡Jean!

Y en seguida Fabién se dirigió al doctor:

—Pero no comprendo por qué vienes.

—¿Os conocíais?—preguntó muy extrañada la novia del capitán.

—¡Somos muy viejos amigos!—repuso éste—. Lo que no me explico es cómo no se da cuenta del peligro a que se expone.

Pero la voz del capitán no era todo lo entera y jovial que otras veces, y en su rostro se advertía la fatiga de la fiebre.

Por eso le dijo André:

—No te preocupes de mí. Vamos; necesitas cuidarte. Voy por el botiquín.

Margot explicó a Jean cómo había conocido a su amigo y había trabado con él las mejores relaciones.

—¿Y no te habló de nuestra amistad?—preguntóle Fabien, sorprendido.

—No; nunca me ha dicho nada.

—Pues no puedes imaginarte el sacrificio que ha hecho por ti. Y a su vez puso en antecedentes a su prometida de lo sucedido en el Fuerte, con el envenenamiento del Mayor, la acusación y la huída de Morand.

Ella comprendió que había sido una sublime locura, por parte de Morand, acompañarla.

Hasta tal punto era una locura, que Jean tuvo que declarar, con toda su pesadumbre:

—Ya sé que eres inocente, André; pero tengo que arrestarte. No te encerrará. Quedas arrestado bajo tu palabra. Tienes absoluta libertad dentro y fuera del Fuerte.

—¿Por qué ha hecho eso?—insistía Margot.

Y André repuso:

—Cuando vi que Jean era su novio, resolví desaparecer. Y lo he procurado de la manera que me ha parecido mejor.

A la noche, el enemigo intentó, como de costumbre, sorprender la guardia, y los disparos se sucedían sin interrupción.

André quiso convencer a Jean de que era preciso que reposase y se sometiera a un reconocimiento, pues su salud le causaba serios temores.

Pero Jean le rogaba:

—Ve al hospital... cuida de esos hombres. Hay que dejarlos útiles para la lucha. ¡Hacen mucha falta!

Uno de los enfermos, realmente consumido, sentenciado de muerte por la fiebre, era Salazar, el que fué ordenanza del Mayor Bertrand.

El dictámen de André fué que duraría media hora, a pesar del medicamento que le administró para calmar su postración agónica.

Tenía aquel hombre como una huella de extraña y trágica obsesión en el rostro, aparte de su miedo a la muerte.

—¿Voy a morir? ¿Cree usted que moriré?

—Toma esto—le dijo André. Un día u otro hemos de morir, Salazar. No te atemorice ir a ver a Dios. Tú has sido un hombre honrado. No tienes nada que temer.

Estas palabras, bien calculadas por Morand, hicieron su efecto.

Salazar fué presa como de un temblor de pánico horrible:

—¡Quédese! ¡No me deje! ¡Por favor!

—¡Quieto! ¡No temas así a la muerte!

Aunque pareciese un hombre distraído, Bimpy se había hecho cargo de todos los pormenores del drama que allí se desarrollaba, y comprendió las intenciones del doctor.

—Ya veo lo que persigue—deslizó en su oído—. Este tío no entrega ahora la piel.

—No, ahora no se muere. Pero el miedo pudiera acaso arrancarle cierta confesión...

Y fué de Bimpy la idea de colocar frente al camastro de Salazar un retrato del Mayor envenenado, que existía en el Fuerte, y alumbrar de pronto la imagen con una linterna.

Mientras aparecía así la efigie, como de otro mundo, André conminaba al enfermo:

—Te quedan sólo breves momentos de vida, Salazar. ¿Tienes algo que decir? ¿No temes a la justicia de Dios, Salazar? ¡Si algo tienes que decir, dilo! ¡De todos modos, has de morir!

Jadeante, descompuesto, el ordenanza gritó:

—Yo, yo lo hice. Yo lo maté.

—¿A quién?

—Al mayor Bertrand. Le odiaba. Me maltrató como a un perro. ¡Oh! Se mofaba de mí. Me pateaba como a un bicho. Tomé el veneno del armario aquella noche... y lo vertí en la medicina. Por la mañana había muerto. Fué el día más feliz para mí. ¡Ya jamás volvería a pegarme!

Varios testigos, convenientemente apostados, oyeron toda la declaración.

—¿Han oído ustedes?—preguntó André—. ¡Vigílenlo!

Salazar rompió en carcajadas de locura.

—¡Ja, ja! ¿Cómo van a fusilar a quien está agonizando?

—No vas a morir todavía por la fiebre. Podrás ponerte frente al fuego de un pelotón.

Entretanto, el ataque del enemigo al Fuerte se había estrechado de tal modo, que solamente con un titánico esfuerzo de los pocos hombres inútiles que restaban, se podía aún sostener.

Todos estaban en las aspilleras, disparando sin cesar, ardiendo los cañones de los mausers.

El pabellón tricolor francés, todavía, aunque maltrecho, flotaba sobre las almenas.

Casi habían agotado las municiones y no era posible atender a los heridos.

El instante de completo desaliento fué cuando un balazo derribó al capitán Fabien.

Los portones del Fuerte estaban derrumbados. Nadie pensó ya en que se pudiera resistir.

No obstante, el mensaje radiotelegráfico había surtido su efecto. Oyóse, de súbito, el ronco fragor de los motores de una esquadilla de aeroplanos, que bombardeaban al enemigo, y consiguieron, al poco, la desbandada de jaiques blancos y caballos arrogantes, que componían las huestes de los árabes.

Cuando todo se hubo serenado, las pocas tropas que quedaban en pie rindieron honores a las víctimas de aquella resistencia heroica.

Y más tarde, un batallón de las tropas francesas, desfilaba ante los cadáveres.

Como siempre, una lápida fué el colofón de toda la gratitud posible a un héroe muerto:

“Capitán Jean Fabien. Halló la muerte defendiendo la patria, en el Fuerte Rondet.”

Como antes, como en adelante, se oyó la voz de un oficial:

—¡Firmes! ¡Armas al hombro! ¡Derecha! ¡March!

La sangre generosa de Jean aparecía como una sombra frente a Margot y André.

—Yo—decía éste—habría dado la vida por hacerle feliz.

Pero lo cierto era que todos habían demostrado su abnegación y la pureza de sus intenciones y de sus sentimientos, y que Margot y Morand tenían derecho a aquel amor que uniría dos almas de idéntica nobleza.

F I N



E. B.

Sin obtener el sellado de la Comisaría General de orden Público los periodicos no pueden salir a la venta.

Precio: **50** céntimos